

Entusiasmo por la inteligencia

MIGUEL ESCUDERO

Jaime Benítez, quien durante muchos años fue un realmente magnífico rector de la Universidad de Puerto Rico, reconoció que la universidad está siempre comprometida con una labor que excede de sus posibilidades.

Y su verdadero negocio, entendía, es esforzarse porque sus universitarios *lleguen a ser* "personas de la máxima excelencia, gente entusiasta de la belleza, de la verdad, de la alegría, de la justicia". Claro está que una cosa es querer ser, y otra creer que ya se es.

Lo inteligente de alguien inteligente es adoptar siempre una actitud de *alerta* ante el peligro de caer en la estupidez y en la soberbia (las dos caras de una misma

moneda). Por eso "un hombre puede ser tenor de profesión, pero no puede ser inteligente profesional", en palabras de Ortega. No en vano, nuestro filósofo hablaba en 1927 de *la solución de Olmedo*: "Para mi gusto, un hombre admirable. Es inteligente y no es intelectual". Pero esto se olvida casi irremediabilmente en los medios intelectuales, de ordinario tan engreídos y decadentes.

«Se trata de estimular y despertar expectativas de llegar a ser lo que Ortega denominaba un hombre íntegro, es decir, alguien que es enteramente él (o ella, claro está) y no un zurcido de compromisos, de caprichos, de concesiones a los demás, a la tradición al prejuicio.»

Hace pocas semanas, una amiga me hablaba de la apatía y la falta de ilusiones que la actividad del pensamiento despierta socialmente. ¿Cómo puede conseguirse, se preguntaba, una educación *magnética*, esto es, atractiva, con fuerza seductora y contagiosa? Creo que la cuestión es de

importancia principal y admite respuestas razonables, pero me acuerdo del unamuniano doctor Montarco, que decía: "Todo cristo se mete aquí a dar consejos y los da con cara de corcho", y comprendo que lo primero es ponerse a sonreír.

Se trata de estimular y despertar expectativas de llegar a ser lo que Ortega denominaba un hombre íntegro, es decir, alguien que es enteramente él (o ella, claro está) y no un zurcido de compromisos, de caprichos, de concesiones a los demás, a la tradición, al prejuicio. Toda comunicación humana transmite el verdadero interés que se tiene por *acompañar al prójimo*. Por eso para ejercer como tal, el profesor debe tejer una urdimbre afectiva a su alrededor y necesita de la colaboración personal de sus alumnos. Nunca sobran las personas con talento y vocación de ayudar a los demás a pensar por cuenta propia y madurar en soledad (la gran escuela de sociabilidad, la llamó Unamuno). Pero siempre son reconocibles, ¿siempre? Sí, desde la intimidad, siempre. Y la cuestión decisiva de toda educación es alcanzar intimidad, porque lo que se aprende de veras se saca siempre del propio fondo.

El hecho de manifestar en clase un talante alegre, benévolo, llano y sereno para con los alumnos es importante para conseguir su confianza, pero no basta para generar ilusión y movilizar enérgicas ganas de aprender. Hay que introducir una motivación en la que intervenga la totalidad de la persona, hay que transmitir vocación para poder *hacerse cargo de alguien*. Sobre ella Marañen escribió unas líneas que poseen una singular capacidad para conmover a muy distintos auditorios. Son estas:

«Nunca sobran las personas con talento y vocación de ayudar a los demás a pensar por cuenta propia y madurar en soledad (la gran escuela de sociabilidad, la llamó Unamuno). Pero siempre son reconocibles ¿siempre? Sí, desde la intimidad, siempre. Y la cuestión decisiva de toda educación es alcanzar intimidad, porque lo que se aprende de veras se saca siempre del propio fondo.»



"La vocación mueve a la eficacia verdadera de los hombres. Todo lo que se hace sin vocación, por importante que parezca, se marchita como una flor. Todo lo que se hace con vocación, aunque parezca insignificante, fructifica para siempre.

Hay que hablar, por eso, incesantemente de la vocación.

Las vocaciones son de dos categorías: las vocaciones de *amor* que son únicas, intransferibles y desinteresadas, y las vocaciones de *querer*, que pueden ser múltiples, que

cambian de sentido y que son, por nobles que sean, interesadas.

A partir de mi vocación de médico —una vocación de *querer* pero con ribetes muy fuertes de *amor*— voy a plantear de nuevo este problema trascendental para los jóvenes, que pueden esperar todo o nada de la vocación. Y para los que ya no son jóvenes, para enseñar la vocación a sus hijos".

Como un hombre "hecho de prisa" es un pelele, con suma facilidad tiende a la codicia y a la fatuidad. Nada bueno puede esperarse de ese *proyecto*. Nadie debe perder nunca de vista sus limitaciones, ni disimularlas desvergonzadamente con las de los demás (tampoco, desde luego, exhibir impudicamente en público las propias o las ajenas). "De esa conciencia de tu poquedad recogerás arrestos para tender a serlo todo", así alentaba Miguel de Unamuno a los jóvenes. Ese reconocimiento de lo poca cosa que somos, y que tanto terror produce, sobre una actitud de honradez es un acto de inteligencia. Es una vacuna para poder vivir sin mendigar lisonjas ni apetecer elogios, es más, descon-

fiando incluso de ellos. Luis Vives, quien introdujo el término cultura en el mundo del conocimiento —la denominó *cultura animi*, esto es, cultivo del corazón—, escribió hace casi medio milenio en sus diálogos sobre la enseñanza que "el mayor mal de palacio es la adulación de cada uno para con los demás, y, lo que es peor, para consigo mismo. Esta es la causa de que jamás ninguno escuche la verdad ni de sí mismo ni de sus compañeros, si no es cuando riñen, que entonces se dicen las verdades como afrentas". Evidentemente dicho mal no pertenece sólo a palacio...

Inteligentes, humildes y veraces, son tres características que deseo en mi prójimo para hacerme sentir en familia. Como todo lo propiamente personal, nunca están dadas definitivamente y no dan lugar a jactancia pero sí a deseo de emular. *Ser persona es poder ser más*, ha escrito Julián Marías en su *Mapa del mundo personal*.

En un párrafo memorable, Ortega narra un fenómeno natural que es también muy humano:

"Conservo en la retina una imagen antigua. Es en Castilla. Un prado pajizo con un charco rojo de sangre, la sangre de un toro que, herido, acaba de pasar. Poco después, en la soledad del horizonte, aparece otro toro que cruza el área tórrida y husmea el líquido aún caliente. El ojo del animal se enciende. Su cuerpo se estremece, retiembla de los morros a la cola, patea el suelo y alarga el cuello al firmamento en un largo mugido. Aquella manera casi eléctrica de reaccionar el animal ante las huellas vitales de un semejante me hizo una profunda impresión.

«Inteligentes, humildes y veraces, son tres características que deseo en mi prójimo para hacerme sentir en familia. Como todo lo propiamente personal, nunca están dadas definitivamente y no dan lugar a jactancia pero sí a deseo de emular. Ser persona es poder ser más, ha escrito Julián Marías en su Mapa del mundo personal.»

Por lo visto, cuando una vida encuentra en el espacio del mundo otra vida —o simplemente sus vestigios— se produce siempre una especie de corriente inducida, una sacudida frenética de la vitalidad —es decir, que la vida se exalta al entrar en su presencia otra vida".

Aquí anda encerrada, aconteciendo, la clave de la educación *magnética*, que no necesita aula pero sí hueco en nuestro interior para su confi-

guración. En su ignorancia agresiva, los eruditos a la violeta siegan a su paso el sentido de las cosas y arrumban la percepción de la realidad personal. Meses atrás, una ex alumna y joven amiga mía confesaba en una revista barcelonesa de estudiantes de ingeniería e informática lo siguiente: "En el colegio, nunca me gustó la historia, nunca le encontré el sentido a la memorización simple y fría de unos datos que sin mayor esfuerzo se podían encontrar en los manuales especializados, y ahora que empieza a apasionarme, me doy cuenta del por qué, *faltaban los hombres*

concretos con sus problemas, alegrías y dificultades". "Quizá así —proseguía— me hubiera dado cuenta de que no eran tan distintos a cualquiera de nosotros, *así podría haber aprendido de ellos*". "Y sobre todo hubiera entendido que la historia no es tan lineal sino más bien tiene sinusoides, momentos más altos y más bajos, quizá hubiera aprendido a mirar en el pasado para encontrar soluciones para el futuro". (Los subrayados son míos).

Este siglo que termina ha padecido como ningún otro la politización de la cultura. Mediante

implacables propagandas, ésta se ha puesto en función de la utilidad ideológica — único modo de hacernos libres. Todavía hay gente muy coreada que insiste en que una doctrina únicamente puede ser de derechas o de izquierdas. Si les hiciéramos caso de forma "bobina" (sic), no podríamos opinar con autenticidad y sentido crítico, deberíamos delegar en varios gurús o "líderes de opinión" para *pensar* correctamente. Las etiquetas políticas pueden guardar cierto sentido orientativo, pero son tapaderas. Más allá de las siglas, urge una política personal que aclare las relaciones concretas de los fuertes con los débiles, de los sanos con los enfermos, de los que tienen

«Aquí anda encerrada, aconteciendo, la clave de la educación *magnética*, que no necesita aula pero sí hueco en nuestro interior para su configuración. En su ignorancia agresiva, los eruditos a la violeta siegan a su paso el sentido de las cosas y arrumban la percepción de la realidad personal.»



gica, sacrificando la razón de la realidad personal y la verdad — con los que no tienen, de los de *arriba* con los de *abajo*.
“El que piensa no es nunca reaccionario, piense como pensare. El verdadero reaccionario o retrógrado es el que no quiere pensar ni cambiar ni dar un paso, sino dejar que le lleven las cosas en vez de llevarlas él”, dijo Unamu-no. El cual, por cierto, dio una definición de integrista (válida para ultramontanos, islámicos o cualquier otra tonalidad) que da que pensar a quien se tome la molestia de hacerlo: "El triunfo del máximo de individualidad compatible con el mínimo de responsabilidad".